

Sobre la defensa estratégica soviética

ÁNGEL VIÑAS*

La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE o, según las siglas inglesas, SDI) del Presidente Reagan ha dado origen a una enconada discusión que ha dividido a los expertos y a los Gobiernos de los países miembros de la Alianza Atlántica. No en último término, ha tenido repercusiones ciertas sobre la relación entre las superpotencias. Así, por ejemplo, parece indudable que durante las conversaciones de Ginebra Shultz-Gromyko los planes norteamericanos desempeñaron un papel sustancial a la hora de inducir la vuelta de los soviéticos a la mesa de negociaciones.

A tenor de los datos disponibles parece fuera de toda duda que el Presidente Reagan va a continuar apoyando por todos los medios precisos la investigación de base necesaria para poder enjuiciar en el futuro si elementos centrales de la IDE son realizables o no.

También es indudable que la Unión Soviética ha realizado esfuerzos considerables para frenar la aceleración que va tomando el proyecto.

Es más, de la respuesta concreta que en el futuro den los soviéticos a lo que perciben como una modificación no desdeñable del entorno estratégico dependerá la mayor o menor efectividad de los planes norteamericanos.

Entre los argumentos que han aducido analistas independientes en los países occidentales en contra de esta última, figura en lugar destacado la relativa facilidad con la que la Unión Soviética podría acrecentar su potencial ofensivo para reducir el grado de eficacia de la IDE.

Se ha afirmado que en los próximos diez años el Kremlin estaría en condiciones de duplicar su stock de armas estratégicas en paralelo al

* Catedrático de la Universidad Complutense. Asesor Ejecutivo del Ministro de Asuntos Exteriores.

Nota: Las afirmaciones de este trabajo son de la exclusiva responsabilidad del autor.

desarrollo del programa estadounidense. También cabría elevar con relativa facilidad el número de ojivas nucleares por vector. El SS-10, por ejemplo, podría admitir treinta en vez de diez ojivas y acrecentar, por consiguiente, la capacidad soviética de saturar los futuros sistemas defensivos norteamericanos.

Esta saturación podría lograrse, igualmente, empleando una variada gama de cebos que obligaría a la defensa a discriminar entre éstos y las ojivas auténticas.

Igualmente se ha señalado que los soviéticos podrían dotar de sistemas de propulsión más rápidos y eficaces a sus vectores intercontinentales de tal suerte que la fase de lanzamiento se redujera de los aproximadamente 400 segundos que hoy dura a unos 80 segundos. Esto complicaría en gran manera las posibilidades norteamericanas de aniquilar los sistemas ofensivos enemigos precisamente en la fase en la que las circunstancias son las más favorables.

Al lado de estas objeciones se han manejado diversos argumentos técnicos que reflejan numerosas posibilidades soviéticas para complicar la eficacia de la IDE.

No es impensable, por ejemplo, reducir el efecto contra los vectores de los rayos láser de los sistemas defensivos, ya sea dotando a aquéllos de ciertos mecanismos de protección bien a través de contra-medidas electrónicas.

La relación entre eficacia y coste de este tipo de actuaciones es muy favorable teniendo en cuenta que, como han señalado fuentes oficiales norteamericanas, la investigación y desarrollo del programa IDE se extienden por lo menos a ocho componentes de los cuales cada uno es tan complicado o más que el proyecto Manhattan, es decir, el que dio origen a la bomba atómica.

Muchos de los que se oponen a la IDE subrayan, además, que la Unión Soviética podría acelerar también los trabajos destinados a mejorar sus propios sistemas de defensa estratégica, lo que impulsaría nuevas rondas de la carrera armamentística.

El espacio se ha convertido ya, en todo caso, en la nueva frontera de esta última (1). Las superpotencias disponen en la actualidad de la capacidad de destruir ciertos tipos de satélites y si bien hasta fecha reciente las posibilidades de hacerlo eran bastante toscas en los últimos años se han registrado avances que no son insignificantes. Es el primer campo de los dos en que muy someramente conviene destacar la índole de las realizaciones del Kremlin en materia de defensa estratégica.

Marcia Smith, que ha seguido durante años la evolución de los esfuerzos soviéticos para desarrollar armas antisatélite, sitúa en torno a 1968 el comienzo de las pruebas con interceptores lanzados por el vector SS-9 (2).

El procedimiento soviético se basa en situar el interceptor próximo al satélite adversario donde explota destruyendo la capacidad operativa del

(1) John TURNER and SIPRI, *Armas in the '80s. New Developments in the Global Arms Race*, Taylor and Francis, Londres, 1985, pp. 41 y ss.

(2) Marcia SMITH, «Satellite and missile ASAT systems and potential verification problems associated with the existing Soviet Systems», en BHUPENDRA JASANI (ed.), *Space Weapons. The Arms Control Dilemma*, SIPRI y Taylor and Francis, Londres, 1984, pp. 84 y 55.

blanco. El explosivo es químico, no nuclear. La precisión requerida es menor que si el arma antisatélite tuviera que hacer impacto directo.

Entre 1972 y 1976 las pruebas se interrumpieron en varias ocasiones. El porcentaje de las que tuvieron éxito es difícil de estimar pero Marcia Smith sugiere que es algo más de la mitad. Otros analistas disminuyen esta proporción.

Con todo, el procedimiento soviético es todavía bastante tosco. Sólo puede alcanzar a satélites que orbiten a unos 2.300 kms de la superficie terrestre como máximo (y muchos de los más importantes lo hacen a altitudes entre 20.000 y 36.000 kms). Depende también de las inclinaciones orbitales alcanzables con el vector SS-9, del cual parecen existir bases de lanzamiento sólo en dos ubicaciones en la Unión Soviética. Esto, y el hecho de que las necesarias maniobras de acercamiento al blanco pueden durar varias horas, limita grandemente la efectividad.

Frente a este procedimiento los Estados Unidos pusieron en operación desde 1964 otro alternativo, basado en la utilización de ojivas nucleares incorporadas a vectores «Thor» pero su eficacia era muy escasa y el sistema fue desactivado en 1975.

Posteriormente los norteamericanos han experimentado con éxito un nuevo procedimiento centrado en vectores lanzados desde un avión del tipo F-15 que colisionan con los satélites adversarios sin utilizar explosivos.

Este nuevo procedimiento exige, por supuesto, una gran precisión y tiene mayor flexibilidad que el soviético pero también es utilizable únicamente contra satélites en órbitas bajas.

Tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos se ha especulado acerca de la posibilidad de desarrollar otros sistemas, en particular armas de rayos o de partículas. Es difícil saber con precisión los avances que haya logrado la primera. Muchos analistas ubican la calidad de la investigación soviética en un nivel similar al norteamericano. Ciertamente, sería sorprendente que el Kremlin no desarrollase esfuerzos en el terreno de sistemas antibalísticos de energía dirigida, siquiera como prevención frente a un eventual *breakthrough* estadounidense.

En cualquier caso, los soviéticos van por detrás de los norteamericanos en una serie de tecnologías absolutamente vitales para conseguir fuertes avances en tal terreno como son las relacionadas con ordenadores, óptica, control automatizado, sensores electro-ópticos, propulsión, radar, sistemas de conducción, telecomunicaciones y *software*. En 1982 el Dr. Robert Cooper, director de la Defense Advanced Research Projects Agency, señalaba que Estados Unidos va claramente por delante de la Unión Soviética en lo que se refiere a la nueva tecnología del espacio.

James Beggs, de la NASA, indicó en marzo de 1984 que los Estados Unidos son tan capaces como la Unión Soviética en la mayor parte de los campos y disponen de mayor capacidad en muchos otros (3).

Los tiempos en que el programa antisatélite soviético amenazaba con dejar atrás al norteamericano parecen haber pasado ya. Analistas occidentales piensan que no será antes de los años noventa cuando la Unión Soviética esté en condiciones de producir algún tipo de arma de rayos.

(3) *The Defense Monitor*, Washington DC, vol. XIII, n.º 6, 1984, pp. 7-8.

Mientras tanto, los Estados Unidos trabajan ya en dos grandes programas de sistemas láser y en lo que supone que es un programa integrado para armas de partículas. Un reciente informe de la OTA (Office of Technology Assessment) ha afirmado con rotundidad que «los actuales satélites militares soviéticos sólo constituyen una amenaza limitada para la capacidad de los Estados Unidos aunque los sistemas espaciales del futuro puedan serlo en mayor medida» (4).

El segundo gran campo al que los soviéticos han dedicado mucha atención en los últimos años es el de la defensa contra vectores balísticos (o, tal y como se la conoce más corrientemente por sus siglas inglesas, BMD).

El tratado soviético-norteamericano del 26 de mayo de 1972 y una serie de documentos complementarios introdujeron numerosas limitaciones a la actividad en este terreno. En particular, por el artículo 5.º las dos partes se comprometían a no desarrollar, experimentar o desplegar sistemas ABM o componentes de los mismos estacionados en la superficie, el aire y el espacio, salvo las excepciones previstas. No quedaba prohibida la investigación relacionada con los problemas de defensa contra un eventual ataque nuclear por vectores ni tampoco la sustitución o modernización de sistemas ABM, con arreglo a las disposiciones acordadas.

El Tratado fijó en 200 el número de interceptores permitidos, que habrían de estacionarse como máximo en dos ubicaciones. Los norteamericanos desplegaron el sistema «Safeguard» en Grand Forks (Dakota del Norte) pero lo desactivaron rápidamente en 1975. Los soviéticos mantuvieron el ya establecido en torno a Moscú, todavía muy vulnerable.

Aunque la aplicabilidad del tratado de 1972 al entorno estratégico actual haya dado origen a una enorme y acalorada controversia, no parece que la Unión Soviética esté dispuesta a denunciarlo.

Sin embargo, existe cierto consenso en la comunidad de analistas en que los militares soviéticos consideran el amplio espectro de la defensa estratégica (incluidos BMD, defensa civil y aérea, guerra antisubmarina y eventuales ataques contra silos enemigos que albergan vectores estratégicos) como parte sustancial de su postura estratégica global. En segundo lugar, hasta hace poco tiempo se afirmaba que el grueso de las actividades soviéticas en materia de investigación y desarrollo en dicho campo parecían más dirigidas hacia la protección de puestos de control y mando y otros blancos militares que hacia la defensa de la población o de los vectores estratégicos propios. Por el contrario, el programa norteamericano tendería a defender estos últimos.

En tal campo el efecto del discurso del Presidente Reagan de marzo de 1983, la noción de que nuevas y exóticas tecnologías en estado emergente podrían terminar por hacer prevalecer la defensa sobre la ofensiva y los numerosos alegatos norteamericanos sobre presuntas violaciones soviéticas del tratado de 1972 han puesto de nuevo sobre el tapete el tema BMD (5).

(4) BHUPENDRA JASANI y CRISTOPHER LEE, *Countdown to Space War*, SIPRI y Taylor and Francis, Londres, 1984, pp. 67-69, y Office of Technology Assessment, *Anti-Satellite Weapons, Counter Measures, and Arms Control. Summary*, US GPO, Washington DC., 1985, p. 8.

(5) Ashton B. CARTER y David N. SCHWARTZ (eds.), *Ballistic Missile Defense*, The Brookings Institution, Washington D.C., 1984, pp. 2 y 15.

Los avances soviéticos en esta materia se han registrado básicamente en cuatro aspectos:

1.º) Modernización del sistema de protección instalado en torno a Moscú, con la mejora de parte de los vectores «Galosh». El sistema era, en realidad, bastante ineficiente de cara a un ataque generalizado. En 1980 la Unión Soviética empezó a sustituir los vectores «Galosh» por interceptores SH-04 y SH-08 armados de ojivas nucleares. El primero es un vector exoatmosférico, parecido al «Galosh», y el segundo es un vector de alta aceleración, endoatmosférico, similar al «Sprint» norteamericano. Cuando sólo se disponía de vectores del primer tipo la decisión de lanzamiento debía adoptarse antes de que los vehículos adversarios portadores de las ojivas nucleares entrasen en la atmósfera. En la actualidad el sistema puede discriminar, en esto último, entre tales vehículos y los mecanismos de ayuda a su penetración. También hay que tener en cuenta nuevos radares, como el de Pushkino, integrados en el sistema. En la opinión de analistas independientes, todas estas medidas servirán para acrecentar la eficacia del mismo pero la nueva capacidad no debe exagerarse. Los radares son vulnerables a un ataque y sin ellos el sistema quedaría cojo. Por lo demás, los vehículos norteamericanos portadores de ojivas nucleares han aumentado considerablemente en número y grado de sofisticación. La modernización del sistema BMD instalado en torno a Moscú no significa, por consiguiente, una modificación importante en la ecuación estratégica soviético-norteamericana.

2.º) Más preocupación ha provocado la posibilidad de que los vectores SH-04 y SH-08 pudieran formar parte de un sistema (conocido bajo la denominación ABM-X-3) susceptible de despliegue rápido para crear un mecanismo de defensa antibalística que cubriese toda la Unión Soviética. El Kremlin está desarrollando nuevos radares de diseño modular (como ocurre hoy en los Estados Unidos) para seguir y guiar satélites. Estos radares podrían desplegarse con rapidez, lo que chocaría con las disposiciones del tratado de 1972.

Sin embargo, no parece ser que su despliegue esté efectuándose. En cualquier caso, para que sea significativo habrán de transcurrir años. El sistema tendría vulnerabilidades y sería fácilmente saturable. Además, los Estados Unidos siempre podrían, en represalia, responder al mismo mejorando e incrementando la penetrabilidad de sus fuerzas ofensivas.

3.º) La Unión Soviética está construyendo un radar cerca de Krasnoyarsk, con fines de detección temprana, similar a otros ya existentes. Parece que está orientado hacia el noreste y que podría detectar vectores norteamericanos procedentes del Mar de Bering o del golfo de Alaska. El Gobierno estadounidense ha afirmado que la construcción de tal radar viola «casi con seguridad» el artículo 6.º, apartado b), del Tratado de 1972, que limita el despliegue de radares de detección temprana de vectores balísticos a las fronteras de los dos países signatarios. La Unión Soviética niega tal interpretación.

En los Estados Unidos ha causado preocupación la posibilidad de que el radar de Krasnoyarsk pudiera ser conectado con otro, en Pechora, lo que

permitiría realizar operaciones de triangulación y enjuiciar mucho mejor las características de un eventual ataque. El hecho de que el nuevo radar esté relativamente próximo a tres de los seis campos de vectores intercontinentales SS-18 ha llevado a pensar que también podría ser utilizado en el desarrollo de una eventual batalla. Con todo, analistas independientes, aún reconociendo que las funciones del radar de Krasnoyarsk no son muy claras, han señalado que la Unión Soviética hubiera podido emplazar otro cerca de la costa norte si hubiese querido mejorar su capacidad de enjuiciamiento de las características de un ataque y que, en cualquier caso, la proximidad de los campos de SS-18 es bastante relativa por lo que su presunta segunda función parece discutible.

4.º) La Unión Soviética ha mejorado algunos de sus sistemas SAM para hacer frente a sistemas norteamericanos muy modernos. En esta tarea parece ser que algunos vectores pueden ser dotados de cierta capacidad BMD. Se afirma que ya se han hecho pruebas con el vector SA-12 contra vehículos portadores de ojivas nucleares. Si estos vehículos fuesen similares a los que van a bordo de ICBMs o SLBMs ello podría constituir una violación del tratado de 1972 (6).

En general, los avances tecnológicos demuestran que el marco legal establecido hace cerca de quince años no puede ya cubrir una serie de zonas grises, crecientemente ambiguas. Sin embargo, es difícil en el momento actual pensar que el régimen de regulación derivado del mismo sea susceptible de una nueva puesta a punto.

Sobre la significación en términos operacionales de esta evolución discrepan los analistas. Algunos de ellos se unen a las valoraciones oficiales norteamericanas y señalan que el potencial soviético BMD y la tecnología aplicada de que hoy ya dispone el Kremlin representan avances sobre la situación existente en los Estados Unidos. También se indica que en la próxima década la Unión Soviética podría llegar a un nivel de protección contra vectores no alcanzable a corto plazo por los norteamericanos.

Los análisis de otros expertos permiten pensar que tales afirmaciones son exageradas y que si bien las mejoras introducidas en el sistema en torno a Moscú han ampliado su todavía limitada capacidad no parece posible que ésta sirva de mucho en la eventualidad de un ataque norteamericano, dados los grandes stocks de armas nucleares que se le opondrían.

Si bien se reconoce que el programa BMD soviético ha registrado progresos tecnológicos significativos, se mueve en un nivel parecido al que tenían los norteamericanos hace diez o doce años. La gran diferencia es que la tecnología soviética se encuentra en fase más próxima a la de aplicación (7).

Con independencia de la evolución registrada en el campo de las armas antisatélite y en el de los sistemas BMD el desarrollo de la IDE norteameri-

(6) Sidney D. DRELL, Philip J. FORLEY y David HOLLOWAY, *The Reagan Strategic Defense Initiative: A Technical, Political and Arms Control Assessment*, Center for International Security and Arms Control, Stanford University, Stanford, julio de 1984, pp. 18-20 que sigo en detalle y, para una opinión contraria, David S. YOST, «Sowjetische Bemühungen um Raketenabwehr und ihre möglichen Auswirkungen auf die Sicherheit der NATO Länder», *Europa-Archiv*, Folge 18, 1985, pp. 541-543. (Reimpreso, con algunos recortes, en *Revista de la OTAN* n.º 5, 1985).

(7) Sayre STEVENS, «The Soviet BMD Program», en la obra de la nota 5, pp. 214-217.

cana ha generado una gran controversia en cuanto a sus posibles repercusiones sobre la Unión Soviética.

Recientemente un comité de expertos científicos y estratégicos de esta nacionalidad ha puesto de relieve la aplicabilidad de una variada gama de tecnologías, *gran parte de las cuales ya existen*, para contrarrestar los programas estadounidenses (8).

Mucho antes de que un sistema IDE funcionase, cabría disponer de medios que lo neutralizasen y cuyo coste podría oscilar entre el 1 y el 2 por ciento de aquél que combatirían.

En consecuencia en la Unión Soviética se han levantado voces como las de Yevgeny P. Velikhov, vicepresidente de la Academia de Ciencias, en contra de la conveniencia de que los líderes soviéticos decidan duplicar el programa IDE (9).

Numerosos analistas occidentales han enfatizado tres posibilidades, no excluyentes, de respuesta soviética.

La primera es que el Kremlin podría desarrollar contramedidas con el fin de que sus fuerzas ofensivas penetraran o saturasen la defensa norteamericana. Entre ellas figura el despliegue en grandes cantidades de crucero de largo alcance. Los Estados Unidos no disponen, como la Unión Soviética, de un sistema de defensa aéreo que cubra todo el país y que pudiera elevarse al nivel necesario para hacer frente a tal amenaza.

La segunda posibilidad estriba en que la Unión Soviética desarrollara los medios para destruir los elementos esenciales de la IDE.

En tercer lugar si la investigación norteamericana prosperase, la Unión Soviética podría incrementar sus propios esfuerzos para desarrollar nuevas tecnologías de defensa estratégica.

El análisis más reciente que conoce el autor de estas líneas acerca de los posibles cursos de acción soviéticos en el futuro se debe a Rivkin quien, además, ha hecho una interesante incursión por el pensamiento soviético en torno a la dialéctica entre potencial ofensivo y capacidad defensiva (10).

En este sentido destacan las afirmaciones del antiguo director de *Pensamiento Militar*, la revista para circulación interna del Estado Mayor soviético, quien ya en 1964 señalaba que la disuasión basada únicamente en la existencia de fuerzas ofensivas era inherentemente inestable ya que dependía en lo fundamental, para que funcionase, de la buena voluntad de la otra parte (11).

La defensa estratégica ha desempeñado, en la reflexión soviética, funciones esenciales ligadas a la necesidad de inoperativizar la capacidad de influencia derivada de la eventual superioridad de las fuerzas nucleares del adversario a la vez que fortalecía las opciones propias.

En relación con la IDE norteamericana la postura soviética ha estribado en repetir, de mil maneras, que lo que los Estados Unidos persiguen es

(8) Committee of Soviet Scientists for Peace, Against Nuclear Threat, *Strategic and International Political Consequences of the Creation of a Space Anti-Missile System Using Directed-Energy Weapons*, Moscú, marzo de 1984.

(9) Stephen SHENFIELD, «Soviets may not imitate Star Wars», *Bulletin of the Atomic Scientists*, junio/julio de 1985, p. 39.

(10) David B. RIVKIN, Jr. «What Does Moscow Think», *Foreign Policy*, verano de 1985.

(11) A estas mismas afirmaciones se ha referido también Hans Rühle, «La guerra de las galaxias de Gorbachev», *Revista de la OTAN*, n.º 4, 1985, p. 28.

alcanzar la capacidad para asestar un primer golpe. Supuesto esto, la IDE, si llegara a ser efectiva, proporcionaría a Washington la posibilidad de neutralizar un eventual ataque de represalias. En definitiva, la IDE aparece como un intento de desarmar a la Unión Soviética exponiéndola a los riesgos del chantaje nuclear.

En tal perspectiva la IDE no constituye, pues, un esfuerzo puramente defensivo sino un juego altamente peligroso, que se acompaña de numerosas medidas adoptadas por los norteamericanos para mejorar la capacidad de penetración de sus fuerzas ofensivas.

Sin embargo, Rivkin ha destacado que la mayor parte de las críticas soviéticas se han hecho en circunstancias determinadas y que, en contra de lo que suele afirmarse en muchos análisis norteamericanos, casi ninguna de ellas es, en realidad, una condena sin paliativos de la defensa estratégica.

Llama la atención en este sentido tanto lo que los soviéticos callan como lo que dicen. Rivkin sugiere la conveniencia de meditar sobre el hecho de que ni siquiera en medio de las campañas más activas contra la IDE los rusos han solido subrayar que la defensa estratégica vacíe de contenido la disuasión o desequilibre la estabilidad del entorno estratégico.

La evolución de la ecuación estratégica no puede sino ser preocupante para el Kremlin si contribuye a erosionar la capacidad de combate soviética y a deteriorar la disuasión. De aquí que Rivkin señale como posibles dos futuros alternativos:

1.º) Moscú puede continuar manteniendo su postura actual, dominada por planteamientos ofensivos, respetar el tratado de 1972 y hacer presión sobre Washington para que abandone la IDE.

2.º) Sin embargo, los rusos pueden poner más énfasis en la defensa estratégica, lo que implicaría la denuncia del tratado ABM y, potencialmente, la minoración del esfuerzo modernizador de la capacidad ofensiva.

Sin embargo, el Kremlin posiblemente rechace por ahora la posibilidad de renegociar el tratado ABM de 1972 por temor a que ello abra la caja de Pandora de la respuesta norteamericana.

De aquí que lo más probable es que, en el próximo futuro, los soviéticos mantengan el curso seguido hasta el momento, acentuando —eso sí—, en la retórica del desarme, su buena voluntad por querer avanzar pasos decisivos.

Con posterioridad a la aparición del artículo de Rivkin la evolución mostró lo bien fundado de esta última apreciación.

El 15 de enero de 1986 el nuevo secretario general del Comité Central del PCUS, Michail Gorbachov, lanzó su ya famosa propuesta de eliminación de las armas nucleares en un período de tiempo determinado y con arreglo a un plan dividido en tres etapas.

En relación con la primera, y más importante, de reducción en dos ocasiones en el plazo de 5 a 8 años por parte de las superpotencias de las armas capaces de alcanzar los territorios respectivos, Gorbachov puso como condición previa la renuncia explícita de ambos Gobiernos a «crear, probar y desplegar armas espaciales».

Se criticaba nuevamente la IDE sugiriendo que en vez de utilizar los próximos diez o quince años en crear un armamento que Gorbachov caracterizaba como sumamente peligroso para la humanidad, pero destinado a convertir —en la perspectiva del Presidente Reagan— las armas nucleares en algo inútil, sería más sensato proceder a la eliminación de estos mismos armamentos.

Al parecer la propuesta soviética cogió desprevenida a la Administración Reagan. Inmediatamente se afirmó que la estudiaría con toda atención. Es verosímil que los norteamericanos tengan en cuenta algunas de sus implicaciones a la hora de diseñar propuestas específicas en la actual ronda de nuevas conversaciones bilaterales en Ginebra. Ello no obstante, las cifras del debatido proyecto de presupuesto norteamericano para el año fiscal 1986-1987 muestran que no ha flexionado la voluntad presidencial de seguir adelante con la investigación sobre la IDE.

Un observador lejano subrayaría, desde luego, que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética aplican habitualmente dos técnicas para justificar los esfuerzos de defensa. Una estriba en lo que ha dado en denominarse *to oversell the threat*, es decir, en exagerar las acciones del adversario. La segunda consiste en *to oversell the remedy* o, lo que es lo mismo, en la consciente sobre-enfatización de las ventajas que para el terreno civil pueden desprenderse del gasto militar.

La historia del arma nuclear está llena de ejemplos de ambas técnicas y la primera ha tenido efectos políticos importantes como son el «missile gap» de los años cincuenta o con la controversia sobre las «windows of opportunity» de los ochenta, oportunamente cerradas.

Tampoco ha faltado la aplicación en el caso de la actividad soviética en materia de defensa estratégica. En marzo de 1982 un congresista republicano, Ken Kramer, se refirió a un estudio secreto del Pentágono a tenor del cual la Unión Soviética dispondría en 1990 de una estación espacial tripulada desde la cual podría atacar blancos en la superficie, en el mar y en la atmósfera. Entre 1983 y 1988 —afirmó— los satélites norteamericanos situados en órbitas geoestacionarias podrían ser amenazados por rayos láser soviéticos desde el espacio.

El 1.º de junio de 1983 el mismo congresista señaló que la Unión Soviética gastaba al año 45.000 millones de dólares en su programa espacial, de los cuales 40.000 se destinaban a fines militares, frente a los 15.000 y 8.000 millones, respectivamente, por el lado norteamericano.

Sin embargo, el 23 de septiembre de 1982 el responsable del *Space Command* estadounidense, general James V. Hartinger, había cifrado en 16.000 millones de dólares los gastos espaciales soviéticos, un volumen evidentemente mucho menor, pero que excedía al gasto norteamericano en 3.000 millones. Ello no obstante, Hartinger indicaba que la Unión Soviética disponía ya de un satélite de caza, «el único sistema espacial de armas» existente.

En agosto de 1982 la United States Information Agency (USIA) se hizo eco del «gap» entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en materia de armas espaciales y poco más tarde, el 3 de octubre, Robert Jastrow en *The New York Times Magazine* dibujaba un futuro sombrío en lo que se refería a los avances soviéticos en armas espaciales. En ningún momento se mencionaba que los sistemas norteamericanos entonces en experimentación eran, y

son, bastante más eficientes que los soviéticos, por lo menos en la perspectiva de las armas antisatélites (12).

Las sucesivas ediciones de *Soviet Military Power* no han dejado de subrayar las actividades soviéticas en el espacio. No son pocos los analistas norteamericanos y de otras nacionalidades que divisan en ello el intento de buscar justificaciones para la IDE.

En el cuarto informe, publicado en abril de 1985, el Pentágono ha destacado muy especialmente los progresos soviéticos en materia de armas basadas en rayos láser y energía dirigida. Se indica, por ejemplo, que a finales de la presente década el Kremlin podría disponer de prototipos de láseres estacionados en la superficie que se utilizaran con fines BMD. Se establece la hipótesis de que la experimentación de los componentes necesaria para proceder al despliegue en gran escala podría iniciarse a comienzos de los años noventa. Ello no obstante, se menciona que habrá enormes dificultades antes de que los sistemas puedan ser operativos y que no es verosímil que en el presente siglo se realice el despliegue. Sin embargo, si el Kremlin concede a esta actividad una prioridad elevada y se salta varias etapas intermedias arriesgándose a incurrir en una cierta probabilidad de fracaso el láser podría desplegarse mucho antes (13). No en último término se indica que los soviéticos están desarrollando un sistema ABM de despliegue rápido y que quizá preparen una defensa ABM de su propio territorio.

Naturalmente si el Pentágono tuviese razón en estas apreciaciones ello indicaría que la investigación soviética podría encontrarse a la misma altura que la norteamericana. De hecho, el informe de 1985 señala específicamente que el programa del Kremlin es mucho más amplio que el estadounidense.

No cabe, desde luego, desestimar sin más todos los datos de *Soviet Military Power*. Hay ciertas indicaciones, por ejemplo, de que los soviéticos impulsan con gran intensidad este tipo de actividades. Es habitual mencionar un artículo de una revista soviética de electrónica cuántica de julio de 1981 en el que se contiene una descripción bastante exacta del nivel de la investigación sobre láseres. Numerosos físicos norteamericanos han señalado que en dicho artículo se da idea de conocimientos que en los Estados Unidos son considerados materia reservada y en donde sólo cabe referirse a ellos por mediación de la cita del artículo soviético. Fotos de instalaciones de prueba y experimentación obtenidas vía satélite muestran, por añadidura, que los rusos prestan gran atención a este tipo de investigación (14).

Ello no significa, sin embargo, que la Unión Soviética, en general, se encuentre al mismo nivel que los norteamericanos en lo que se refiere a defensa estratégica.

Analistas independientes indican que es verosímil que el Kremlin lleve alguna delantera en la defensa convencional contra vectores. Es posible que

(12) Hans GÜNTER BRAUCH, *Angriff aus dem All. Der Rüstungswettlauf im Weltraum*, Verlag J.H.W. Dietz Nachf., Bonn-Bad Godesberg, 1984, pp. 118 y ss.

(13) *Soviet Military Power*, US GPO, Washington DC, 1985, pp. 43-44.

(14) Michael BRZOSKA, «Die Furcht der Sowjet-Union ist nicht unbegründet. Anmerkungen zur Weltramrüstung der Grossmächte», *Vierteljahresschrift für Sicherheit und Frieden*, vol. 3, n.º 2, 1985, pp. 111-112.

en materia de armas láser el nivel sea similar. Pero en lo que se refiere a las tecnologías más modernas hay que subrayar de nuevo que los norteamericanos parecen tener, por ahora, ventajas considerables.

Esta delantera crece sin cesar y si los europeos occidentales y los japoneses llegan a participar activamente en la IDE la Unión Soviética habría de hacer frente a un múltiplo de la capacidad en investigación y desarrollo de que en las mejores circunstancias podría disponer.

El último informe de la OTA al respecto se hace eco, por ello, de testimonios de la CIA de que no parece probable que la Unión Soviética vaya a desplegar en el próximo futuro un sistema ABM y subraya que los Estados Unidos van claramente por delante de la URSS en un conjunto de ámbitos claves para el desarrollo de sistemas avanzados BMD. De hecho los soviéticos no superan a los norteamericanos en ninguna de las 20 «tecnologías básicas que mayor potencialidad tienen para mejorar de forma sustancial en los próximos 10 a 20 años la capacidad militar» y que analizó exhaustivamente el subsecretario para Investigación e Ingeniería del Pentágono (15).

En relación con la posibilidad de trasladar conocimientos científicos de base a técnica aplicada todavía no es posible establecer hipótesis precisas, pues la distancia entre investigación fundamental y aplicación real es aún demasiado grande. Ello no obstante, dada la capacidad norteamericana (unida eventualmente a la europea y japonesa) no es improbable que el retraso soviético se acreciente. A esto se añade la experiencia de que, hasta el momento, el Kremlin ha preferido producir en gran número sistemas simples en lugar de sistemas complejos e interactivos.

En vista de lo que antecede no ha de sorprender que la Unión Soviética tenga temores en relación con la IDE, a pesar de los avances que haya conseguido en aspectos concretos y parciales. Como se ha puesto de manifiesto recientemente, aquéllo que los soviéticos pueden hacer mejor se traduce antes bien en armas antisatélites y no tanto en constelaciones de sistemas integrados como las que preconiza la IDE.

Según informaciones divulgadas por la prensa, el reciente informe de la comisión de estudios sobre las armas espaciales presentado al Ministro de Defensa francés se hace eco de lo poco realista que resulta esperar que antes del año 2010 pueda cualquiera de las superpotencias realizar el despliegue de una defensa espacial antimisiles lo suficientemente importante como para que sea eficaz.

Es más, la comisión considera que los vectores balísticos futuros podrán ser protegidos sin dificultad de los rayos láser más fácilmente desplegables (16) en lo que coincide con una opinión bastante generalizada entre expertos y analistas.

El tema de la estrategia soviética es inagotable. La capacidad de defensa estratégica es tan sólo un aspecto parcial de la misma, aunque importante. No es improbable que en los próximos años, a medida que avanza la investigación sobre la IDE, se presenten a la discusión argumentos que

(15) Office of Technology Assessment, *Ballistic Missile Defense Technologies*, US GPO, Washington DC, 1985, pp. 243-244.

(16) «Pas de "bouclier spatial" avant 2010», *Le Monde*, 12 de febrero de 1986, pp. 11.

induzcan a error a la opinión pública. Tampoco es verosímil que soviéticos y norteamericanos abandonen sus investigaciones. En esta tesitura, nunca será más necesario el análisis. El trabajo de la OTA ya mencionado constituye una prueba de lo que puede —y debe— hacerse. En Europa occidental, la política no podrá renunciar a un basamento informativo crítico.